

Inédito de jack

hjjg

El no sentido de las cosas

La
Sexualidad
de
las
Moscas

a 58°F y a 43% de humedad, es nula.

LUCAS.

Tenía a un amigo. Vivíamos en el mismo barrio e íbamos al mismo instituto. Se podría decir que crecimos juntos.

Aquella zona era nuestro mundo; un mundo de pequeñas calles —con coches aparcados a ambos lados de la acera— sombreadas por edificios altos con olor a humedad y comida. Lo teníamos todo, o por lo menos, no nos faltaba nada.

Había un cine, un instituto, el ambulatorio municipal, un servicio de correos, el departamento de policía, el mercado... y una iglesia. De lo que andábamos escasos era de semáforos; la carretera, que cruzaba longitudinalmente aquel sector, no tenía ninguno, y la circulación fluía en ambos lados la hacía peligrosa. Al otro lado estaba la escuela.

Cuatro veces al día se nos podía ver cruzando a toda prisa, cargados con las carteras que nos golpeaban los muslos.

Lucas y yo vivíamos cerca del mercado. Nos levantábamos temprano con el ensordecedor ruido de los camiones y gritos ininteligibles y, poco a poco, sin darnos cuenta, un hedor a verduras y fruta podrida impregnaba el ambiente.

Algunas tardes, después de ayudar a un sinfín de tareas, salía a la calle a jugar; otras, iba con mi padre y me llevaba al cine: un pasillo largo con enormes carátulas y fotos de actores claveteadas adornaban en la pared. Al fondo y, detrás de un cristal sucio, asomaba la cara de la taquillera. Mi padre compraba una entrada.

La sala era grande y un enorme telón gránate resguardaba la pantalla. De los lados colgaban algunas bombillas; las habían rodeado con un cartón para atenuar la luz. El suelo, de madera, marcaba nuestros pasos; con las luces indirectas todo parecía forrado de terciopelo gris.

Me sentaba muy cerca del pasillo. Entonces mi padre me decía que no me moviese de allí, que si necesitaba

Golpeada por el dolor de su mirada, comprendí de improviso su ardiente desesperación, su aparente delgadez, su nerviosismo ante una vida que se le escapaba de entre los dedos como un puñado de arena seca. Me sentí turbada, avergonzada, rota. ¡Qué estúpida había sido!: en sus últimos meses me había encontrado, me había llamado y me pedía la realización de ese sueño adolescente que mi egoísmo estaba a punto de arrebatarme.

Casi sin hablar, salimos a la calle. Con ansiedad, Carlos encontró un absurdo motel apenas dos calles más abajo donde me arrancó la ropa con desesperación mientras yo derramaba todas mis lágrimas sobre su pecho. Y, sollozando, mientras él explotaba en mi interior, cumplí mi promesa.

Sabiendo que no había más que decir, acaricié con tristeza su pelo, sus labios, su espalda y, sin mirar atrás, alisé mi falda y cerré suavemente la puerta. Los mugrientos peldaños subían, mientras yo bajaba pesadamente por ellos.

...

De Carlos ya sólo me quedan dos recuerdos: su cuerpo desnudo, respirando pobres restos de vida sobre las sábanas arrugadas, mientras yo cerraba la puerta tras de mí.

El otro recuerdo es su mirada, cómplice y divertida, cuando un año más tarde lo encontré, en el mismo bar, levantándose de la misma mesa, mientras se dirigía (¿cómo no?) al mismo motel. Ese motel donde arrancaría con brutalidad la ropa a aquella otra rubia infeliz que, junto a él, se deshacía en lágrimas.

Ignacio Reverte Marín
Murcia - Octubre/1998

POLVO ERES . . .

- Cuando nos despedimos, me lo juraste: la vida nos empujará al uno contra el otro, y entonces cruzaremos nuestros ojos mientras nos deseamos en silencio.

Carlos me miraba con sus pupilas estallando en chispas dirigidas hacia mi breve escote. Y tenía razón: ese era el juramento que derrame entre lágrimas cuando me dejó. Ya han transcurrido... ¿once años?... ¡doce años! desde que me cerró su corazón.

- La vida nos ha cambiado, Carlos. Es cierto que aún me... alegre verte, pero no puedes pretender citarme de improviso y plantear algo así. Ya no sería capaz.

Y mi mente vacilaba entre la visión de ese hombre al que amé desesperadamente, que me hizo feliz, que me hizo un guiñapo,... y pasaba a la imagen familiar que había dejado una hora antes: mi marido, plácidamente sentado frente al televisor, mientras el bebé dormía emitiendo un suave gorjeo. No podía dejarme arrastrar por una estúpida frase que pronuncie, desesperada, cuando Carlos me abandonó.

- No puedo, Carlos. Seguiré deseándote en silencio, pero no me pidas que consume una ilusión adolescente.

Carlos me miró con tristeza, y por fin, susurró la verdad:

- Marisa, el oncólogo me lo ha jurado también: me quedan dos meses de vida.

algo se lo pidiese al acomodador y que él volvería a buscarme. Me daba unas monedas para que me comprase un refresco o unas chocolatinas.

Las bombillas se apagaban y la cortina empezaba a descorrerse. Parecía muy pesada.

Primero daban el noticiario: todos los periódicos se ocupaban del accidente aéreo de Nantes. Después dos películas. Empezaban por una de guerra, casi siempre protagonizada por John Wayne. En aquella asaltaba las trincheras con un puñado de valientes que caían con valor y, de alguna forma u otra, hubiese dado todo lo que tenía por ser uno de aquellos hombres.

Muchas veces me encontraba con Lucas. Era mayor y lo admiraba. Se afeitaba y salía con chicas. Hablaba de coches y de motos y, aunque estaba seguro de que no tenía la edad, decía haber conducido unos cuantos.

A mi padre no le gustaba en absoluto. Decía que no era una buena compañía, que siempre andaba metido en líos y, que de no estudiar, terminaría como él.

Yo asentía y le prometía no suspender las matemáticas de la próxima evaluación. Lo que no decía era que Lucas era tan asiduo al cine como yo.

Entre película y película, cuando iba a comprar una Cola, me lo encontraba charlando animadamente con el camarero. Me saludaba y cuando las luces se apagaban de nuevo, venía a sentarse a mi lado. A veces iba con alguna chica y me la presentaba; recuerdo a una con una falda muy corta y con el pelo rubio.

La segunda sesión era de policías o del Far West. Me gustaban aquellos tipos duros que apretaban el gatillo sin pestañear y esquivaban las balas. Siempre ganaban, luchaban en el bando de los buenos y conseguían a la chica más bonita.

Después, el acomodador me daba unos golpecitos en el hombro indicándome que mi padre me estaba esperando. Era muy puntual; entonces dábamos un rodeo en

busca del semáforo mientras yo le contaba el argumento.

Los acontecimientos más importantes de aquel momento eran la gesta de Luis Ocaña llegando a París con el mallot amarillo, el hecho de que Pedro Carrasco colgara los guantes y la crisis del petróleo. Pocos hablaban del viaje de Breznev a Estados Unidos y, menos aún, las repercusiones del caso Watergate.

Pero esto nos quedaba muy lejos y muchos debían pensar que nada de aquello afectaría a sus vidas; además, el ruido de los camiones, los gritos de los hombres que trasladaban enormes cajas, las mujeres del pescado y la vida diaria los devolvían a una realidad que sí era en color.

La gente era sencilla, intentando vivir de una forma sencilla y, esperaba que las cosas que les ocurrieran, al fin y al cabo, fueran sencillas.

Algo tan sencillo como que mi padre se quedara sin cigarrillos y me pidiese que bajara al bar.

No estaba lejos; apenas dos calles. Servían bebidas aunque en realidad era una bodega. Me gustaba el olor que se desprendía de los barriles. Había dos adornos: el anuncio de un refresco en forma de chapa y un viejo cartel de Ron Negrita.

—¡Eh, chaval!

Me giré; la voz procedía de la oscuridad. Él dio un par de pasos: era Lucas. Me sonrió Compré el tabaco y salimos juntos.

Dimos una vuelta al mercado mientras me comentaba que las cosas, en el mundo, jamás irían bien. Decía que él se estaba convirtiendo en un tipo duro y, me aconsejaba, que yo hiciese lo mismo. Que pronto tendría que aprender a disparar, sin pensármelo, como en las películas; todo era un reflejo de la realidad que estábamos viviendo.

Yo escuchaba y asentía convencido.

Fue entonces cuando un coche aminoró la marcha. Me fijé porqué aún faltaba bastante para llegar al semáforo. Se bajó la ventanilla y creí que iban a preguntarme alguna dirección; llamé a Lucas. Retrocedió un par de pasos situándose bajo la farola.

Escuché un estruendo. Lucas cayó boca abajo, con los brazos doblados bajo el pecho. Vi como el coche se alejaba con las luces apagadas.

—¡Lucas! —chillé con todas mis fuerzas.

Me arrodillé a su lado. Abrió un poco los párpados; debían pesarle toneladas. Nos miramos y esbozó una mueca como sonrisa. Respiraba por la boca, ruidosamente.

Tuve ganas de llorar pero sólo hice unos amagos; no quería que Lucas me viera.

Arrodillado comencé a acariciarlo: sus mejillas estaban secas y frías. Me preguntaba si estaba muerto y me decía que éste era el primer cadáver que veía. Le puse mi cazadora.

Lucas no merecía aquello.

Levantó un poco la cabeza y me abalancé sobre él.

—Sal de aquí, chaval —me murmuró al oído.

Y dejó caer con fuerza la cabeza.

Empecé a llorar.

Me apetecía hacer daño: la hubiese emprendido a puñetazos con cualquiera. Me sentí impotente... y el aire se llenó de sirenas.

—¡Apártense! —gritó alguien.

Todo era mentira. El cuerpo de Lucas no se parecía en nada al de los soldados muertos en acción y yo estaba solo; ni siquiera era un tipo duro.

Alguien me cogió por el hombro y me zarandé. Deseaba seguir abrazado al cuerpo. Lo sujetaba fuerte.

El tipo —un policía— me tiró contra la pared. Me revolví y empecé a darle patadas.

El hipo ahogaba mis gritos.

Me dio un puñetazo y caí al suelo. No me levanté. No podía. Tosí con fuerza y escupí sangre.

Imaginé a Lucas tendido en la camilla, cubierto con una sábana.

Meses más tarde, Jackie Stewart conseguía el Campeonato del Mundo de Formula 1.